



DESAFÍOS GLOBALES: LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA HOY

Carlos Abascal Carranza
Secretario de Trabajo y Previsión Social México

*Ponencia presentada en IV Congreso Católicos y Vida Pública
Madrid, 17 al 17 de noviembre de 2002*

Vanidad de vanidades, dijo Salomón; vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana sobre la tierra, o debajo de la capa del sol?

(Ecl 1,2-3)

Vengo aquí más como testigo que como filósofo o teólogo, que no lo soy; pido su benevolencia para mi reflexión.

Agradezco mucho la inmerecida invitación que me ha hecho la prestigiada Fundación Universitaria San Pablo-CEU, para reflexionar sobre el papel que ha de desempeñar el político católico en la concepción y puesta en práctica de las políticas públicas que fomenten la solidaridad, particularmente en el contexto de una sociedad globalizada, a favor de toda la persona y de todas las personas.

De la concepción que se tenga de la persona humana y de la sociedad dependerá la manera como organicemos la vida social en la que habrán de expresarse la persona y la familia; pero también de ello dependerá la manera como actúen el político y el ciudadano.

La visión antropológica de los colectivismos que anulan o minimizan la dignidad de la persona individual, única e irrepetible, dotada de inteligencia y voluntad, libertad y conciencia para discernir y elegir entre el bien y el mal, llamada a trascender por su filiación divina, dio lugar a la construcción de estructuras sociales, políticas, económicas y culturales injustas tanto como la visión antropológica de los individualismos liberales que niegan o disminuyen, hasta caricaturizarla, la naturaleza social de las personas que las hermana con todos los seres humanos, hijos del mismo

Padre, ante Quien todos son iguales en dignidad y complementarias en su función y en su vocación individual y social, y que están vinculadas por la solidaridad, cuya expresión básica es la familia, como núcleo fundante y fundamental de la sociedad.

A pesar de ello, y por el connatural afán trascendente del ser humano, ha sido posible el surgimiento de aspectos positivos para la solidaridad dentro de las naciones y entre las naciones: la creciente sensibilidad a favor de la dignidad y de los derechos de la persona; la afirmación de la libertad; la primacía de la sociedad sobre el Estado; la comprensión de que el poder político se justifica sólo en función del Bien Común; el respeto a las minorías, a las personas con discapacidades; el surgimiento y expansión de un verdadero feminismo que, como dice mi hijita, debe ser verdaderamente femenino; y el cuidado del medio ambiente, el desarrollo de la ciencia y de la técnica para mejorar la calidad de vida de los pueblos y de las personas.

Pero, sin duda, esas visiones incompletas y, a veces, hasta desnaturalizadas del hombre han dado lugar a realidades que atentan gravemente contra la dignidad de la persona y contra la solidaridad y que ponen en riesgo la paz y la convivencia humanas: el pragmatismo que pretende divorciar la conducta humana de toda noción de bien y mal; el materialismo teórico y práctico que nubla la visión y el sentido trascendente del ser humano; el hedonismo que pretende hacer del bienestar la razón de ser de la existencia humana; el ejercicio de la sexualidad desvinculado de su misión procreadora y educadora; la disolución acelerada de la familia que debilita el sentido de patria y a la patria misma; el utilitarismo en los procesos productivos que convierte a la persona en «recurso» desechable; la excesiva concentración de la riqueza en pocas naciones y en pocas personas en contraste con una extrema pobreza creciente, pues en la visión liberal es natural que triunfe el más fuerte; la discriminación, la intolerancia y la violencia; la enajenación del alcohol, la droga y el juego; el frecuente uso de la técnica y de la ciencia contra la vida y contra los más débiles; y, lo más grave, la locura de vivir como si Dios no existiera porque el hombre se ha autoerigido como fin último de sí mismo.

El político católico ha de hacer frente a estas realidades en un mundo plural, consciente de que la historia de la humanidad es el trayecto del hombre hacia la eternidad; convencido de que,

dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que el del César, el llamado de Dios a la plenitud de la vida en Su Reino incluye la responsabilidad de orientar y dirigir la realidad temporal iluminada por el evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia y por los derechos universales escritos en el corazón humano «en los cuales se reflejan las exigencias objetivas de una ley moral universal», como dijo ayer el Papa, y clarificados por la Revelación; ha de hacerlo comprometido con los demás ciudadanos, con todos, sean cuales sean sus convicciones y sus ideas, para cooperar con ellos (como dice el Papa Juan Pablo II) «con su específica pericia y responsabilidad propia» para buscar «en todo y en todas partes la justicia del Reino de Dios»; pero ha de hacerlo consciente también de que, en nombre de un laicismo que es más bien ateísmo, hay quienes quisieran que lo religioso del político quedara reducido al ámbito del culto y de la vida privada; y ha de hacerlo convencido, sobre todo, de que es Cristo el único Señor de la historia, por lo que el político católico ha de consagrar su vida, como un mero instrumento indigno, a la construcción del bien común.

Este IV Congreso «Católicos y Vida Pública» es un espacio adecuado para reafirmar el derecho que tenemos los católicos de manifestarnos y actuar en la vida política de acuerdo con nuestras convicciones morales y religiosas, pues si se nos negara tal derecho estaríamos frente a una forma de discriminación, opresión e injusticia, como dice el Papa; y, por otra parte, ocultar la propia identidad cristiana por propia iniciativa es a la vez infidelidad con Dios y deslealtad con los hombres, lo cual no impide —más bien reafirma— que el político católico tiene la obligación de respetar la pluralidad de credos y convicciones presente hoy en nuestras sociedades, en nombre, precisamente, del derecho humano a la libertad religiosa y de conciencia que está en la base de todos los derechos humanos.

No basta que protestemos por la expulsión de Dios de la vida pública. Necesitamos tomar conciencia de que todo en el mundo llamado «profano» pertenece a la creación y de que «no hay parcela de la realidad sustraída» al efectivo señorío de Cristo; por consiguiente tenemos el reto de referirlo todo a Él, incluido el ámbito político.

Comparto la visión de la Conferencia Episcopal Española cuando afirma que el señorío de Cristo no significa la subordinación de lo «profano», y mucho menos del Estado, a la Iglesia, señorío que tampoco priva al Estado «de su autonomía, de sus propios fines, leyes, medios e importancia para el bien del hombre»; y que, «al contrario, lo restituye a su ser original y lo perfecciona en su valor y esencia propios y, al mismo tiempo, lo ajusta a la vocación plena del hombre sobre la tierra» (*Los católicos en la vida pública*, CEE).

Para «impregnar la realidad temporal con el espíritu del evangelio», el católico seglar, en particular el político católico, tiene un papel insustituible, pues está llamado a resolver todos los problemas desde la mirada de la fe, pues el ojo cristiano descubre en cada persona a un hijo de Dios y así ejercita su catolicidad, es decir, su universalidad que lo impulsa, desde la cruz, a abrazar a toda la humanidad, en particular a cada mujer y a cada hombre, sin distinciones, exclusiones ni discriminaciones de ninguna especie, inspirado por el Amor expresado en la solidaridad.

Asentado lo anterior, el reto que tenemos los políticos católicos es el diseño de políticas públicas solidarias, nacionales e internacionales, en países pobres y ricos que hagan posible que surja el conjunto de condiciones para el desarrollo integral y la felicidad temporal de las personas, de las familias y de la sociedad en su conjunto, es decir, el bien común, como prefiguración, aunque imperfecta, del Reino de Dios.

La solidaridad es esa virtud social que suma la voluntad de las personas para hacer posible que las sociedades humanas asuman el reto de construir todos juntos el bien común, poniéndolo por encima de los intereses particulares o de grupo.

Por eso, podemos afirmar que los problemas socioeconómicos, políticos y culturales sólo pueden ser resueltos con la ayuda de todas las formas de solidaridad: solidaridad de los pobres entre sí, de los ricos y los pobres, de los trabajadores entre sí, de los empresarios y sus colaboradores; solidaridad entre las naciones y entre los pueblos, la cual es una exigencia de orden moral. Ni duda cabe: en buena medida, la paz del mundo depende de la solidaridad (cfr. *Catecismo*, núm. 1941).

Sin embargo, sabemos que no siempre desde las instancias internacionales se fomenta la solidaridad, pues muchos de los pro-

gramas financiados por organismos mundiales buscan eliminar la pobreza, por ejemplo, pero lo hacen eliminando a los pobres, como recientemente lo hacía notar el cardenal Ratzinger.

El 31 de agosto pasado el Papa Juan Pablo II enunciaba los ocho retos clave que deben enfrentar los líderes de las naciones si quieren construir un mundo más justo. Los ocho retos tienen un común denominador: poner a cada hombre y a cada mujer en el centro del desarrollo.

1. La protección de la vida humana, «la defensa de la sacralidad de la vida humana en todas las circunstancias, especialmente en relación con los retos planteados por la manipulación genética».
2. La promoción de la familia, la unidad básica de la sociedad, pues de ella depende el futuro de todas las sociedades.
3. La eliminación de la pobreza «por medio de esfuerzos para promover el desarrollo, la reducción de las deudas públicas y la apertura de los mercados internacionales».
4. El respeto a los derechos humanos «en todas las situaciones, con especial atención a los más vulnerables: los niños, las mujeres, los refugiados (migrantes)».
5. El desarme, «la reducción de la venta de armas a los países pobres y la consolidación de la paz».
6. La lucha contra las causas de mayor mortalidad y a favor del acceso de los pobres a la salud básica y a las medicinas.
7. La conservación y protección «del entorno y la prevención de los desastres naturales», para procurar una ecología humana que haga más digna la existencia humana, protegiendo el bien fundamental de la vida en todas sus manifestaciones y preparando el entorno para las futuras generaciones de conformidad con el plan de Dios.
8. La rigurosa aplicación de las leyes y de las convenciones internacionales.

Cada líder de cada país podría añadir sus propios retos. Pero una cosa es definitiva: la atención eficaz de estos grandes temas pasa necesariamente por la solidaridad.

En México hemos comenzado a experimentar un gran cambio humanista, en especial en la política social y en la política laboral.

La política social, inspirada por la solidaridad y por la subsidiariedad, ha cambiado su enfoque: ha dejado de ser asistencialista para convertirse en una política solidaria y subsidiaria. Esta política se llama «contigo» porque sólo juntos, sociedad y gobierno podremos resolver los retos estructurales que enfrentamos. Por ello, queremos lograr que todos los mexicanos tengan oportunidades para tener un arranque parejo en la vida, ofreciendo a las personas condiciones para que con apoyo solidario y subsidiario del Estado y con su esfuerzo puedan tener acceso a salud y alimentación, a educación y capacitación, a trabajo y a la formación de un patrimonio.

La política laboral inspirada también en la solidaridad entre empresarios y trabajadores y en el principio de subsidiariedad, que implica el pleno respeto y promoción a la autonomía de los sindicatos y de las empresas entendidas como comunidades humanas productivas, pretende implantar lo que llamamos *una nueva cultura laboral*, la cual consiste en propiciar el siguiente círculo virtuoso:

Respeto y promoción de la dignidad de la persona del trabajador y del emprendedor;

Por lo tanto, revaloración de la dignidad del trabajo no sólo como un medio para obtener ingresos económicos, sino como el medio idóneo para propiciar el desarrollo pleno de las personas en el servicio a los demás abriendo las oportunidades de pleno empleo para todas las personas sin discriminación alguna;

En consecuencia, el impulso de un vigoroso compromiso de autoridades, empresarios y trabajadores con la educación, la formación y la capacitación para que las personas sepan más;

Lo cual favorece una mayor participación del trabajador en lo individual y en equipo para mejorar los procesos productivos y la calidad de los bienes y servicios, siempre en un ambiente de salud y seguridad en el trabajo y de cuidado y respeto del entorno;

Esta participación se traduce, a su vez, en un aumento de la productividad que consiste en un aprovechamiento cada vez más informado e inteligente de los recursos materiales, tecnológicos y financieros, con lo cual se eleva la competitividad de la unidad productiva y, por tanto, la generación de nueva riqueza;

Lo cual, a su vez debe convertirse en una mayor participación del trabajador en la nueva riqueza y, por tanto, en una elevación de su nivel de vida.

Y todos estos elementos están cohesionados por el diálogo entre trabajadores y empresarios para resolver problemas y aprovechar oportunidades.

Este círculo virtuoso impulsa de tal manera la solidaridad en los centros de trabajo que los antiguos conceptos de patrón, obreros, trabajadores, supervisores dejan su lugar a nuevos conceptos tales como colaboradores, asociados, equipos multihabilidades, coordinadores; y los viejos organigramas piramidales acompañados de descripciones detalladas de puestos dejan su lugar a estructuras matriciales, a organigramas de pirámide invertida, en cuya base está el primer servidor de la empresa y los puestos se enriquecen todo el tiempo con nuevas responsabilidades y con la toma de decisiones.

La implantación de estas políticas es un reto, pues implica no sólo adecuación de leyes e instituciones sino, sobre todo, cambios culturales que invariablemente apuntan hacia la solidaridad, la subsidiariedad, la justicia y el Bien Común.

Obviamente la instrumentación gradual de esta nueva cultura laboral y empresarial inspirada en la dignidad de la persona exige estrategias y planes de acción puntuales que van desde la implantación de mecanismos institucionales de diálogo social hasta el desarrollo de oportunas e inteligentes campañas de comunicación social, buscando siempre que este gran cambio sea fruto de la corresponsabilidad (otro matiz de la solidaridad) de los factores de la producción y del gobierno.

Como estas políticas públicas someramente descritas de un país, México en este caso, estoy seguro de que hay muchos ejemplos, en diferentes países, cuyo eje vertebrador es la solidaridad.

Hoy no basta con el diseño de políticas públicas solidarias nacionales, ni siquiera por bloques de países. Hoy necesitamos desarrollar cada vez más una visión mundial, en congruencia con la unidad del género humano, consecuencia de su filiación divina.

La globalización está todavía en proceso de ser definida.

Hay quienes piensan que es un fenómeno reciente, resultado de la revolución informática y de la vertiginosa expansión de los transportes y las comunicaciones a fines del siglo XX. Otros se remontan al imperio romano, al descubrimiento de América o a los procesos de colonización: no se ponía el sol en el imperio de Carlos V de Alemania y I de España.

Unos prefieren «mundialización», otros «globalización», y con frecuencia estos términos se usan indistintamente. Se ha extendido el uso de la palabra *globalización*, tal vez porque en inglés no es posible encontrar una expresión análoga a *mundialización*. Sin embargo, para muchos las dos palabras tienen significados claramente distintos; una se entiende como la globalización del capital y del comercio, mientras que la otra tiene que ver con la mundialización de la sociedad. Personalmente prefiero el uso de ambos términos: el de *mundialización*, como expresión sociológica, política y espiritual del objetivo que consiste en lograr que el conjunto de sociedades sean una sola humanidad solidaria, a la búsqueda del bien común de todos los hombres, con pleno respeto a la diversidad cultural de todos los pueblos, («un solo rebaño, un solo Pastor»), en tanto que el de *globalización* económica expresa sólo un medio, no un fin, para lograr el bien común de la humanidad.

Ya decíamos que las sociedades actuales presentan luces y sombras. Pero conviene detenernos ante el problema de la pobreza.

Son bien conocidas las cifras que han dado a conocer las organizaciones internacionales como las Naciones Unidas y el Banco Mundial. En materia de pobreza humana, la situación es dramática. Al terminar el milenio, 2.800 millones de personas, casi la mitad de la población del mundo, subsistían con menos de dos dólares diarios. De estas personas, 1.200 millones vivían con menos de un dólar diario; es decir, una de cada cinco personas en el planeta se encontraba en situación de pobreza extrema. Y aunque el porcentaje de seres humanos en pobreza extrema disminuyó del 29 al 23 por 100 en el último decenio del siglo XX, el número absoluto de personas en esa situación permaneció casi inalterado.

Las desigualdades son extremas. Los ingresos de los más ricos, el 1 por 100 de la población mundial, equivale a los ingresos de más de la mitad de los seres humanos, es decir, el 57 por 100 más pobre. Las desigualdades se incrementaron de manera dramática a lo largo del siglo XX y, aunque la tendencia podría estar comenzando a revertirse, las señales en este sentido no son claras.

Si bien éste es parte del diagnóstico lacerante de estructuras económicas injustas, habría que completarlo con el diagnóstico sociológico, moral y espiritual del mundo, particularmente en los países desarrollados, pues sería incurrir en un reduccionismo ina-

ceptable pretender que la solidaridad sólo es necesaria y aplicable con los pobres.

En los países desarrollados, en general, hay un creciente empobrecimiento del espíritu, pues el afán de lucro desmedido, el materialismo, el individualismo, el hedonismo, el pragmatismo han venido destruyendo a la familia, debilitando el tejido social y anulando la solidaridad, consigo mismos y con otros pueblos.

En muchos países pobres o en vías de desarrollo, por ejemplo en Latinoamérica, hay una gran reserva moral, demográfica, familiar, cultural y espiritual y de solidaridad, a pesar de nuestros problemas, que puede producir una gran sinergia con Europa, pues en Europa se encuentra una parte fundante de nuestras raíces, con la condición de que Europa reconozca y se acepte a sí misma como eminentemente cristiana, con la condición de que Europa vuelva a dejar de considerarse un continente, para mirarse a sí misma y a su misión como una herencia espiritual con vocación mundial solidaria. En este terreno, hoy Latinoamérica tiene mucho que aportar a Europa. Y juntas, Latinoamérica y Europa pueden hacer la diferencia en el futuro de la civilización cristiana.

El mundo necesita del vigor moral y espiritual de las sociedades más desarrolladas, pues así se facilitará que de ellas y de sus liderazgos surjan las grandes soluciones prácticas de políticas públicas internacionales solidarias que habrán de impulsar, de manera subsidiaria, el desarrollo de otros países pobres o en crecimiento.

Sin duda, el fenómeno de la mundialización abre nuevas oportunidades para el crecimiento y el desarrollo, pero hasta ahora no ha sido capaz de reducir desigualdades entre países o al interior de ellos. La creación de redes y de contactos internacionales ha permitido la operación mundial de negocios y transacciones comerciales, y ha dado origen a métodos de producción compartida en distintas partes del mundo. Los crecientes flujos de capital han permitido ampliar la creación de nuevos empleos en muchas regiones del mundo, a través de la inversión extranjera. Pero hoy la fragilidad de las finanzas trasciende las fronteras, las crisis recurrentes tienden a ser globales, las desigualdades persisten, el desempleo se agrava con cada crisis, y muchos países han sido marginados de los beneficios que ofrece la expansión de la producción mundial.

Las nuevas redes de comunicaciones permiten que el conocimiento fluya a través de las fronteras, enriqueciendo las culturas y propiciando el rápido avance tecnológico a lo largo y ancho del mundo. Al mismo tiempo somos testigos del surgimiento de redes internacionales del crimen organizado: tráfico de drogas, lavado de dinero, fraudes financieros, redes internacionales de pornografía infantil y tráfico de personas.

Entre los efectos de la mayor movilidad de capital, productos, servicios y personas, es urgente reflexionar sobre la creciente migración a nivel mundial. Hay que reconocer las oportunidades que se crean tanto para los individuos que migran como para las sociedades que los reciben, las cuales se enriquecen con su trabajo y talento. No obstante, los acrecentados flujos migratorios han traído consigo un endurecimiento de las condiciones en que se desenvuelven los migrantes, que constituyen uno de los grupos más vulnerables de la sociedad moderna. Hoy más que nunca enfrentamos la imperiosa necesidad de identificar las amenazas contra la seguridad y la dignidad de las personas. Se hace cada vez más evidente la necesidad de asegurar, dentro de los cauces legales de cada país, la protección de los derechos humanos y laborales de los trabajadores migratorios independientemente de su estatus jurídico, precisamente porque su dignidad de personas así lo reclama.

Ante este escenario de luces y sombras, es imprescindible una visión del futuro que queremos alcanzar. ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuáles son nuestras prioridades? ¿Cuáles son nuestros valores y principios? Sin reflexionar sobre estas cuestiones no es posible establecer nuestro rumbo ni diseñar las estrategias que nos permitirán alcanzar un mejor entorno para el pleno desarrollo de la humanidad.

En todas las organizaciones internacionales está en curso esta tarea. Recordemos, por ejemplo, los Objetivos del Milenio establecidos en el seno de las Naciones Unidas, para ser alcanzados antes del 2015:

- Erradicar la pobreza extrema y el hambre.
- Lograr la matriculación universal primaria.
- Promover la igualdad de género y potenciar a la mujer.
- Reducir las tasas de mortalidad infantil.

- Reducir las tasas de mortalidad materna.
- Luchar contra el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades.
- Asegurar la sostenibilidad del medio ambiente.
- Instituir un régimen de alianzas a escala mundial a favor del desarrollo.

En varios aspectos estos objetivos coinciden con las ocho prioridades señaladas por el Papa; pero hay varios temas ausentes de la agenda de la ONU: la defensa de la vida, la promoción de la familia, el respeto a los derechos humanos y la paz.

¿Cuáles deben ser los valores éticos y los principios universalmente válidos que subyacen en estos esfuerzos? Lo central es la dimensión humana trascendente; es decir, cómo los procesos de integración e interdependencia afectan a las personas humanas, para bien o para mal. Nos interesa el desarrollo, la erradicación de las desigualdades, de la discriminación, de las injusticias y los males que nos aquejan, porque los seres humanos están en el centro de nuestras preocupaciones. Pero nos interesa, sobre todo, que todas las personas tengan la oportunidad de «poseer la tierra», en términos bíblicos, de alcanzar la limitada felicidad que se puede tener en esta vida. Nos incumbe crear las condiciones objetivas para que el hombre y la mujer puedan alcanzar su plena realización temporal y, en última instancia, para que puedan hacer de su existencia una «brega de eternidad» que les permita retornar algún día a la Casa del Padre.

Sólo desde una mentalidad personalista, y trabajando de manera solidaria compartida, podremos diseñar las estrategias que nos permitan avanzar hacia la construcción de una sociedad más humana, conforme al plan de Dios. Nuestra responsabilidad es asegurar nuestro avance unido hacia el bien común, de manera incluyente, plural, y con pleno respeto de la dignidad de las personas.

Esta responsabilidad compartida, esta expresión de solidaridad, que requiere un nuevo modelo de cooperación internacional fundado en la ética y en los valores universales, sólo es posible a través del diálogo, el diálogo entre los líderes, como el diálogo entre todas las personas que conforman nuestra sociedad. El mundo del trabajo es uno de los más propicios para este objetivo, pues

allí converge la inmensa mayoría de las personas. Allí acuden e interactúan todos los que aportan su talento, su creatividad y su labor a la producción y, finalmente, al bienestar de todos.

Necesitamos liberar el ingenio humano para aumentar la productividad; dejémoslo también en libertad para conducirnos hacia una nueva cultura, la cultura del diálogo y la comprensión recíproca, y hacia un nuevo compromiso, el de crear alianzas de corresponsabilidad y de cooperación. Así será posible mejorar nuestra condición humana y alcanzar el progreso equitativo y la paz.

Pero, más allá del bienestar, hay que hacer del diálogo también el mecanismo privilegiado para impulsar el *bienser* de las personas y las sociedades. Como dijera Karol Wojtyła,

«El diálogo entre las culturas, instrumento privilegiado para construir la civilización, se apoya en la certeza de que hay valores comunes a todas las culturas, porque están arraigados en la naturaleza de la persona. En tales valores la humanidad expresa sus rasgos más auténticos e importantes. Hace falta cultivar la conciencia de estos valores, dejando de lado prejuicios ideológicos y egoísmos partidarios, para alimentar ese *humus* cultural, universal por naturaleza, que hace posible el desarrollo fecundo de un diálogo constructivo. También las diferentes religiones pueden y deben dar una contribución decisiva en este sentido. La experiencia que he tenido tantas veces en el encuentro con representantes de otras religiones —recuerdo en particular el encuentro de Asís en 1986 y el de la plaza de San Pedro en 1999— me confirma en la confianza de que la apertura recíproca de los seguidores de las diversas religiones puede aportar muchos beneficios para la causa de la paz y del bien común de la humanidad. El diálogo entre las culturas resulta hoy particularmente necesario si se considera el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación en la vida de las personas y de los pueblos. Vivimos en la era de la comunicación global, que está plasmando la sociedad según nuevos modelos culturales, más o menos extraños a los modelos del pasado. La información precisa y actualizada es, al menos en línea de principio, prácticamente accesible a todos, en cualquier parte del mundo. El libre aluvión de imágenes y palabras a escala mundial no sólo está transformando las relaciones entre los pueblos a nivel político y económico, sino también la misma comprensión del mundo. Este fenómeno ofrece múltiples potencialidades, en otro tiempo impensables, pero presenta también algunos aspectos negativos y peligrosos. El hecho de que un número reducido de países detente el monopolio de las «industrias» culturales, distribuyendo sus productos en cualquier lugar de la tierra a un público cada vez mayor, puede ser un potente factor de erosión de las características culturales. Son productos que contienen y transmiten sistemas implícitos de valor y, por tanto, pueden provocar en los receptores unos efectos de expropiación y pérdida de identidad.»

Para contribuir a un diálogo internacional que aliente al desarrollo de políticas solidarias, me gustaría sugerir algunos ámbitos de reflexión que partan de la dimensión humana de la mundialización:

- Primero, hemos de identificar y poner fin a aquellos factores que impiden el pleno respeto de la dignidad humana y la observancia de los derechos humanos.
- Segundo, hemos de trabajar juntos para superar las brechas que separan la situación de privilegio de la de marginación: brechas tecnológicas; brechas en perjuicio de mujeres, migrantes, discapacitados, grupos étnicos; brechas, hasta hoy, insalvables entre ricos y pobres; brechas educativas. Es imperativo procurar el acceso universal al saber y los conocimientos técnicos que con tanta rapidez se generan en nuestros días y, por medio de la educación universal y la capacitación, asegurar un acceso equitativo a las oportunidades de trabajo.
- Tercero, debemos reconocer que la integración justa y equitativa de los países más pobres al sistema mundial de comercio beneficia a todos y propicia una paz mundial duradera.
- Cuarto, hay que motivar el cambio anhelado con el compromiso y la participación de todos, forjando nuevas alianzas entre amplios sectores de la sociedad mundial; alianzas de responsabilidad compartida para reconocer y promover la dignidad humana; alianzas entre trabajadores y empresarios, entre sociedad civil y gobiernos, entre éstos y los organismos internacionales. Pero, como dijera en 1950 Robert Schuman, padre de la Europa comunitaria, estas alianzas no serán fructíferas si sólo se limitan al ámbito declarativo, de buenas intenciones. Estas alianzas deben involucrar compromisos e intereses concretos.
- Quinto, es necesario acelerar la reflexión, las propuestas y los compromisos concretos para producir una más rápida y más eficaz integración latinoamericana y de Latinoamérica con Europa, a partir de nuestras raíces culturales y espirituales comunes.
- Sexto, necesitamos impulsar una reflexión seria y comprometida para rescatar y compartir los valores universales,

los principios éticos que iluminen y orienten la globalización y la mundialización, que reconstruyan el tejido moral de la humanidad para hacer un decidido contrapeso al individualismo, al materialismo, a la violencia, a la desintegración familiar, a las adicciones, a la cultura de la muerte.

- Séptimo, es necesario situar a Dios Padre de toda la humanidad en el centro de la historia. Los cristianos habremos de reconocer a Cristo como el Señor de la historia. ¡No tengais miedo! Es cierto: O el siglo XXI es el siglo de la religión o no será (A. Malraux). El ser humano tiene un ansia incontenible de eternidad y sólo en Dios hay respuestas suficientes.

No puede haber solidaridad sin inteligencias y corazones solidarios, incluyentes, capaces de dialogar y trabajar junto con cualquier persona solidaria de buena voluntad. Éste es el reto del cristiano, éste es el reto del político católico.

He dicho que gobernar es amar porque sólo el amor puede volver solidarias a las personas con los demás para procurar su bien desde el servicio público; y es que el ejercicio de la política así entendido es verdadero camino de santidad que demanda un exigente ejercicio de las virtudes porque es una dura escuela de perfección.

La ambición desordenada de dinero, poder, placer y éxito suele dar al traste con la nobleza de la vocación política y con las exigencias morales y cristianas de su ejercicio.

Políticos católicos como santo Tomás Moro o el siervo de Dios Robert Schuman se distinguen por su congruencia de vida, por su capacidad de servicio a las personas, por su sentido de justicia, por la tutela de los valores fundamentales de la familia y de la sociedad, por su sencillez y humildad, porque supieron mantener ordenados sus afectos, por su fortaleza interior derivada de una intensa vida de oración y de sacramentos.

Me parece importante apuntar algunas posibles líneas de acción.

1. Invitar a los líderes políticos de todo el mundo a asumir los ocho retos de los que habló el Papa en agosto pasado, sumándolos con los de la ONU, tanto al interior de sus países como en la convivencia internacional, de manera so-

lidaria, pues de su adecuada atención depende, en buena medida, el futuro de la humanidad.

2. Invitar a todos los líderes católicos y a los de buena voluntad a sugerir, diseñar, difundir políticas públicas nacionales e internacionales a favor de la familia y de la paz, temas que inspiran los misterios luminosos del Rosario, establecidos por el Papa Juan Pablo II en octubre pasado.
3. Con apoyo de las universidades católicas, de las de inspiración cristiana y las de buena voluntad, «traducir» a la realidad social, económica, política y cultural la abundante y rica Doctrina Social de la Iglesia, para que sirva de inspiración a los líderes políticos para que construyan políticas públicas solidarias.
4. También, con apoyo de la academia, es necesario compilar políticas públicas solidarias exitosas diseñadas y aplicadas en diferentes países o grupos de países en el mundo.
5. De la misma manera, repensar y proponer una renovada declaración universal de los derechos del hombre acorde con las nuevas exigencias de los tiempos, iluminada por el evangelio y Doctrina Social, cuya finalidad explícita sea mundializar o globalizar la solidaridad.
6. Replicar la metodología de reflexión de este Congreso en otros países, a través de la solidaridad entre universidades afines a la Fundación Universitaria San Pablo-CEU.

Al principio de esta reflexión cité al rey Salomón cuando dice: «Vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana sobre la tierra, o debajo de la capa del sol?».

Por supuesto que esta pregunta tiene respuesta y ésta la da, precisamente, san Pablo: «No sabéis que de los que corran en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de manera que lo ganéis. Todos los que luchan en la palestra guardan en todo una exacta continencia, y no es sino para alcanzar una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna» (1 Cor 9,24-25). Cristo resucitado, que nos espera en y desde la eternidad, es la razón de nuestros afanes y de nuestra esperanza.